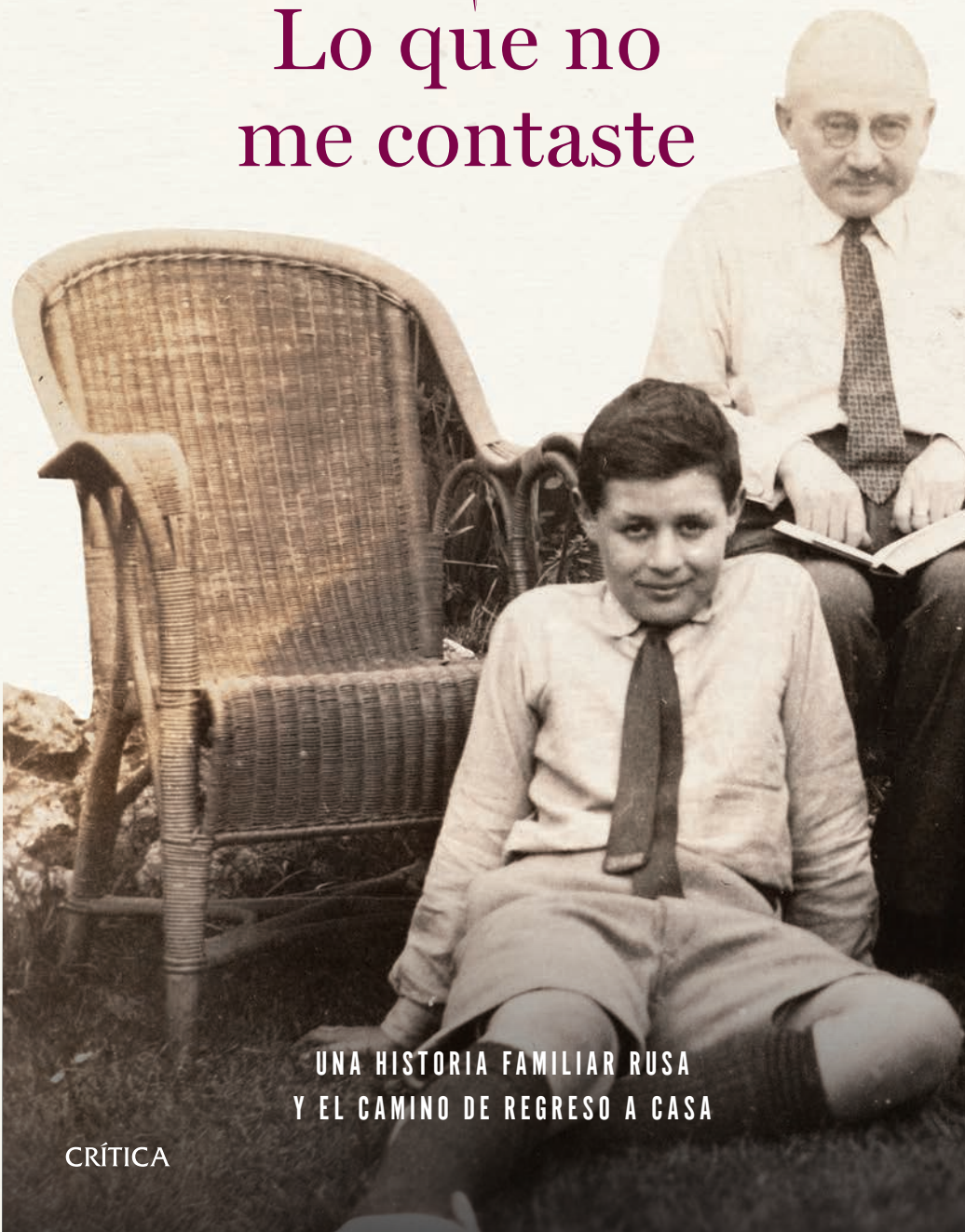


EL TIEMPO VIVIDO

MARK MAZOWER



Lo que no me contaste



UNA HISTORIA FAMILIAR RUSA
Y EL CAMINO DE REGRESO A CASA

CRÍTICA

MARK MAZOWER



Lo que no me contaste

Una historia familiar rusa
y el camino de regreso a casa

Traducción castellana de David Paradela López

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2021

Lo que no me contaste. Una historia familiar rusa y el camino de regreso a casa
Mark Mazower

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *What You Did Not Tell. A Russian Past and the Journey Home*

© Mark Mazower, 2017

© de la traducción, David Paradela López, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-301-8
Depósito legal: B. 7.019-2021
2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El bundista

Cuando nació papá, a su padre le iban bien las cosas. Max había sido directivo en varias compañías y por entonces dirigía la Engineering and Mercantile Company Ltd., que exportaba a Europa del Este herramientas para maquinaria fabricadas en Sheffield. En la fotografía, el traje de tres piezas, la chaqueta abotonada, los puños de la camisa y el ademán ausente con que sujeta el cigarrillo le confieren un aura respetable, la de alguien que se halla en su salsa entre hojas de balances, posiciones de negociación y capitales.

Al mismo tiempo, ese aire de vigilancia latente nos hace pensar en un hombre en guardia, y la mirada alerta y ladeada sugiere que su pulcro aspecto oculta tanto como revela. Un destacado anarquista llamado Rudolf Rocker escribió una vez, a propósito de los exiliados políticos que había conocido en el Londres del cambio de siglo, que eran hombres taciturnos, poco locuaces, y Max se ajustaba a ese patrón: su esposa, Frouma, lo llamaba *zhivotik* («estómago pequeño») porque las palabras se le quedaban ahí y rara vez subían hasta la boca. Nunca había tenido ninguna dificultad con los idiomas: hablaba cuatro con soltura y su inglés era impecable, sin rastro alguno de acento; lo curioso era que había aprendido a decir no más de lo necesario en todos ellos.

Max era de la misma quinta que Vladímir Lenin, el líder menchevique Yuli Mártov y el futuro ministro de Exteriores soviético Máksim Litvínov; de hecho, es casi seguro que en algún momento se cruzaron en su camino, ya que al mismo tiempo que ingresaba en el mundo laboral en una empresa de transportes rusa de la ciudad de Vilna, en los años ante-

22 riores a la primera guerra mundial, empezó a participar también en un movimiento socialista clandestino. El nombre completo de la organización era Der Algemeyner Yidisher Arbeter Bund in Lite, Poyln un Rusland («Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia»), pero se lo conocía simplemente como el Bund. Hoy casi nadie lo recuerda: su lengua oficial, el yidis, casi no tiene hablantes, y las personas que militaban en él —judíos de clase trabajadora de la Zona de Asentamiento— fueron prácticamente exterminadas durante la guerra. Sin embargo, en su momento el Bund desempeñó un papel totalmente decisivo en el nacimiento de los partidos políticos de izquierdas en el imperio zarista. Al llevar esa doble vida como contable y agitador revolucionario, Max aprendió muy pronto el valor de la prudencia, el silencio y la desconfianza, hábitos necesarios para la supervivencia. Jamás los olvidó, como tampoco olvidó el sentido de la lealtad. Hasta el final de su vida, Max no solo fue un hombre de izquierdas: fue un bundista.

¿Y cómo se hacía uno bundista? Todo empezaba, quizá, con un sentimiento, un sentimiento de indignación ante el insalvable abismo entre ricos y pobres:

*Bajo el salado mar del llanto de la humanidad
se abre una terrible sima.
No puede ser más oscura, no puede ser más profunda,
lleva la mancha de una marea roja y sangrienta.¹*

A un lado, el sufrido trabajador, el pobre, el esclavo; al otro, los emperadores, los barones, las clases explotadoras. El himno del Bund, una especie de «Marsellesa» proletaria a favor de una futura revolución, hacía un llamamiento a dar rienda suelta a la ira, a ponerse de la parte de la justicia, a luchar bajo la bandera roja del socialismo. «Brider un shvester», empezaba: «Hermanos y hermanas en el trabajo y en la lucha». El deseo de combatir la injusticia secular del mundo se conjugaba con un profundo sentimiento de camaradería y solidaridad. De

buen principio, el Bund supo fomentar unos fuertes lazos afectivos entre sus militantes y una fidelidad sin parangón hacia el resto de los miembros y hacia el Bund en su conjunto, como si la organización fuera algo más que un simple partido o un colectivo: algo dotado de vida y que podía amarse. En yidis, la palabra para eso era *mishpokhedikayt*: ser familia. Tal vez fuera este sentimiento lo que permitió que el movimiento prosperase como lo hizo en un mundo donde los enemigos eran mucho más despiadados, y que perviviera en el corazón de la gente hasta tanto tiempo después.

Evidentemente, el Bund no solo apelaba a los sentimientos —de ser así, jamás habría seducido a un realista como Max—; fue también un efectivo medio de difusión de ideas encaminadas a la transformación política. El socialismo revolucionario de finales del siglo XIX era un entorno donde abundaban las discusiones y la preocupación por las diferencias doctrinales, un mundo en el que los partidos se fusionaban y escindían, y en el que las facciones se formaban y reformaban mientras debatían de forma incansable sobre las lecciones que el pasado deparaba para el futuro de la humanidad. Bajo el generoso paraguas de la socialdemocracia rusa, los mencheviques discutían con los bolcheviques y ambos con el Bund. Todos ellos se reunían bajo la severa mirada de Karl Marx, en cuyas obras se inspiraban, pero mientras que los bolcheviques adoraban a Lenin y su concepción de un partido rígidamente controlado y centralizado, el Bund no tenía ningún Lenin ni deseaba ningún líder único. Tanto mencheviques como bolcheviques afirmaban hablar en nombre de todos los habitantes del imperio ruso; en cambio, los bundistas solo se veían como la voz de los judíos rusos. Para ellos, las diferencias nacionales, culturales y lingüísticas eran algo que había que reconocer, no ignorar.

Pese a esto, los bundistas no eran nacionalistas, y lejos de pensar solamente en el futuro de los judíos, creían que el proyecto sionista de fundar un hogar nacional para los judíos en Oriente Próximo era una fantasía, y de las peligrosas. Ser bundista significaba concentrarse en el aquí y el ahora, participar en la lucha común del movimiento socialista por un

24 futuro mejor; y parte de esa lucha consistía en trabajar por el derrocamiento de la autocracia en Rusia. Al menos ese era el sueño a comienzos del siglo xx, durante la época en que Max estuvo en activo y el Bund era la mayor y más efectiva fuerza revolucionaria del imperio zarista. En la década de 1920, el Bund ya no era más que una sombra de lo que había sido; sus feudos habían sido arrasados, el bolchevismo había triunfado en Rusia y el sueño era cosa del pasado.

Max tenía más de cincuenta años cuando nació papá, por lo que el historial secreto de su vida anterior debía de ser bastante voluminoso, y las pocas anécdotas que compartía con su joven hijo planteaban tantas preguntas como las que despejaban. Como papá diría más tarde, era un hombre enigmático y esquivo. Uno de los amigos de infancia de papá decía que era un personaje misterioso, alguien que se pasaba el tiempo leyendo en silencio en el piso de arriba y que solo bajaba para servirse su copita de la tarde. Era fácil imaginar historias de espionaje, complots de exiliados y contactos secretos con los ministros del Gobierno. El silencio invita a la especulación, y los silencios de Max eran muchos y variados.

Frouma no sabía mucho más, pues había conocido a su marido a principios de los años veinte, cuando Max ya había renunciado al activismo, y aunque ciertamente mantenían una relación afectuosa, él casi nunca hablaba del pasado. A su muerte, en 1952, Frouma recibió una carta en yidis de una editorial neoyorquina, la Ferlag Unzer Tsayt, un enclave de la vida política de los judíos de Europa del Este implantado en pleno Upper East Side. Tras la segunda guerra mundial, aquel fue el principal destino de lo que quedaba del antaño poderoso Bund, y su director era un antiguo camarada de Max que deseaba escribir su necrológica. Frouma respondió a sus preguntas confesando que no tenía muy claro a qué se dedicaba Max antes de conocerlo: «Como antiguo miembro del Bund, durante la época en que era una organización ilegal, a mi marido nunca le gustó hablar de su participación en él, ni siquiera al final de su vida». Pero Max no solo guardaba silencio acerca de su activismo. Frouma

explicó también que los padres de su marido habían muerto antes de que ellos se casaran, y que ella ni siquiera sabía cómo se llamaba su madre. Nunca había conocido a ningún pariente suyo, y por lo que sabía, sus amigos más íntimos habían muerto. Max, dijo, ni siquiera sabía a ciencia cierta su fecha de nacimiento. Lo más que podía hacer era enviarles un retrato de él con un pie de foto donde ponía: «Mordecai Mazower. Trabajador destacado del Partido en Wilno, Łódz y otras ciudades durante los días del zarismo».

«Durante los días del zarismo.» A principios del siglo xx, Vilna era una de las ciudades más grandes del imperio ruso y un punto clave para el sistema de comunicaciones imperial, pues en ella la línea férrea se dividía en dos ramales, uno hacia Europa y el otro hacia el Báltico. Ahí fue donde, el 12 de abril de 1901, los funcionarios de aduanas vieron a un joven salir de la estación de ferrocarril cargando con un saco de aspecto sospechoso. Mientras lo cargaba en un coche de caballos, le pidieron que lo abriera. Contenía varios paquetes de periódicos y pasquines ilegales en yidis. Cuando acabaron de registrarlo, encontraron también una nota con unas instrucciones garabateadas en ruso: «Esquina del callejón Ignatievskaya con la calle Blagoveshchenskaya, frente a la iglesia polaca, donde tiene la consulta el dentista Katz, en el tercer piso preguntar por Mazower, y después por Max. Si no está, ir a las oficinas de Nadezhda en la calle Bolshaya y preguntar ahí».

La policía de Vilna enseguida determinó la naturaleza sediciosa de la mercancía. Según sus palabras, el periódico *La voz del obrero* publicaba «contenidos manifiestamente antiguubernamentales»: defendía la necesidad de reemplazar el sistema capitalista por uno de tipo socialista y abogaba por la lucha de los trabajadores contra el Gobierno ruso, al que describía como «el más atroz del mundo civilizado». Lo editaba el Bund. También había unos panfletos destinados al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) que llamaban a manifestarse el 1 de mayo —fecha que la policía esperaba con es-

26 pecial inquietud, y para la que faltaban pocas semanas— y en los que destacaba un lema: «Abajo la salvaje autocracia asiática, enemiga de la democracia y del socialismo».

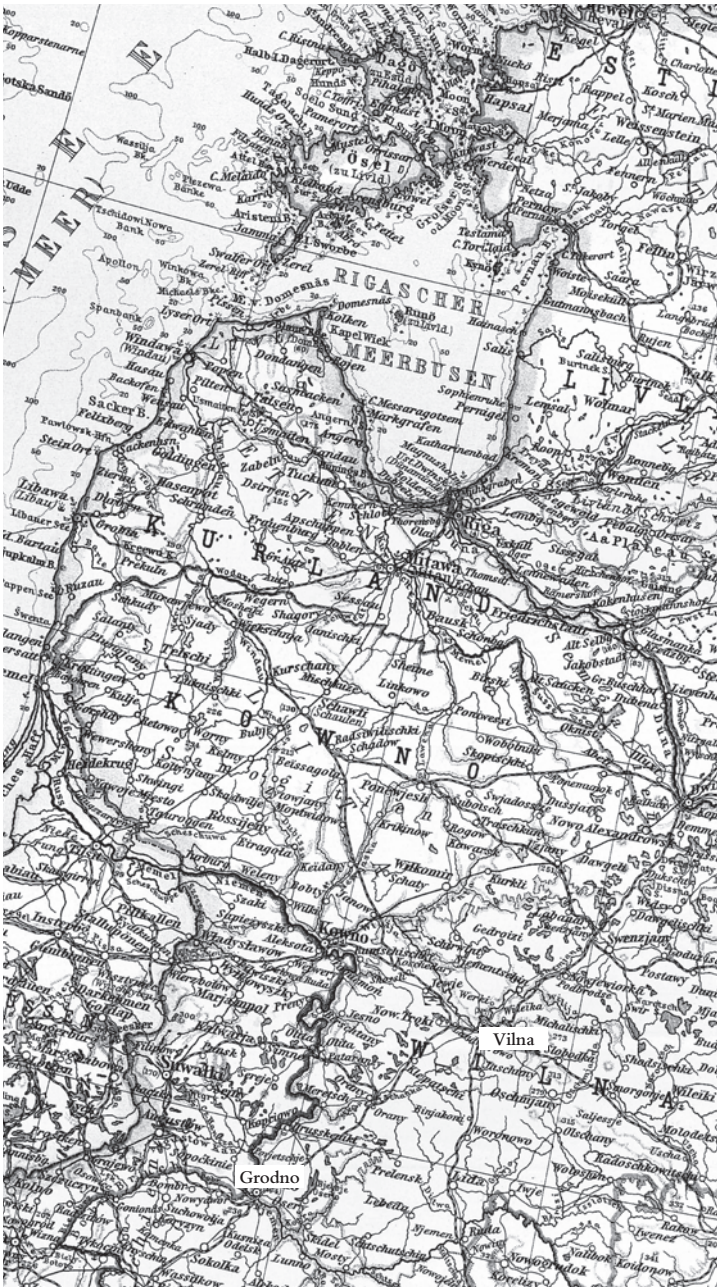


Cuando lo acusaron de pertenecer a «una sociedad secreta autodenominada Unión General Judía del Trabajo de Rusia y Polonia», el joven aseguró que nunca había oído hablar de semejante organización; él se limitaba a transportar aquel bulto para hacerle un favor a alguien que había conocido por la calle. El apartamento de Ignatievskaya pertenecía a una viuda, Sara Mazower, que vivía allí con sus tres hijos, uno de los cuales se llama Mordkhel (Max). Ni en la vivienda ni en las oficinas de Nadezhda, la empresa de transporte de mercancías para la que trabajaba, se encontró nada que lo incriminase. En cuanto a Max —descrito como «contable» en el expediente policial—, se declaró inocente de pertenecer al Bund y de difundir publicaciones revolucionarias ilegales. No tenía la menor idea de quién había anotado su dirección ni por qué, y su jefe defendió la intachabilidad de su conducta. El fiscal de Vilna no se dejó impresionar y lo señaló como uno de los cuatro miembros de una «organización criminal secreta» vinculada con el movimiento obrero y la distribución de material antigubernamental. La policía

lo mandó al calabozo y descubrió que su nombre y el de la empresa para la que trabajaba habían salido a relucir en otras investigaciones. Tenían constancia de que ciertos sujetos sospechosos habían entrado en el apartamento de su madre, pero no pudieron averiguar nada más y, finalmente, tuvieron que dejarlo en libertad bajo fianza. Aunque siguieron vigi-lándolo, Max pudo reanudar su doble vida.²

«Hay cosas que son difíciles de olvidar», dice el héroe de *El tábano*, una novela de Ethel Voynich que influyó enormemente en Max. No puedo evitar preguntarme qué cosas debía de querer olvidar, qué vivencias concretas yacían enterradas en lo más hondo de sus recuerdos de infancia, antes de emprender esa doble vida en la primera madurez. Quienes hayan leído *Los emigrados* de W. G. Sebald, ese extraño conjunto de meditaciones oníricas, recordarán el misterioso personaje que aparece al principio del libro, el doctor Henry Selwyn, el anciano médico inglés que cuida un melancólico jardín delimitado por un muro en su casa de las afueras de Norwich, que resulta llamarse en realidad Hersch Seweryn y ha nacido en el seno de una familia judía rusa en los alrededores de Grodno, a un par de días de camino de Vilna, en las postrimerías del siglo XIX. Max nunca vivió en la campiña inglesa rodeado de un esplendor decadente, pero, a su manera, realizó un viaje similar al del héroe de Sebald, y, como él, halló en Inglaterra un refugio donde vivir según su propia concepción de la urbanidad burguesa. Aunque quizá el verdadero motivo por el que me recuerda a Selwyn sea otro; quizá sea porque, por una extraña coincidencia, los orígenes de Max también estaban en Grodno, un lugar y un entorno del que nunca habló con nadie.

Cuando Max nació, Grodno era una ciudad de unos 35.000 habitantes en la Zona de Asentamiento, una amplia franja de Rusia occidental en la que, por decreto imperial, los judíos del país vivían en un aislamiento casi absoluto. A finales del siglo XIX, la Zona de Asentamiento contenía al 95 % de los judíos del imperio, lo que equivale casi a la mitad



de todos los judíos del mundo en aquel entonces. La comunidad judía de Grodno se remontaba al siglo XIV, y los Mazower habían vivido ahí desde hacía generaciones. Max, de hecho, se llamaba Mordkhel en honor de su abuelo, que había nacido en 1792 y debía de tener un año cuando Grodno fue la sede de la última asamblea del Parlamento de la antigua república polaca.

Tras la partición de Polonia, la ciudad quedó bajo control ruso y entró en una fase de decadencia, convirtiéndose en un mero puesto avanzado del imperio en los territorios fronterizos del noroeste hasta la bonanza económica de fines del siglo XIX. Para entonces, la Zona de Asentamiento se había convertido en una bomba demográfica: entre 1820 y 1880, la población judía del imperio había aumentado de los 1,6 millones a los cuatro millones de habitantes, a los que se obligaba a vivir cada vez más hacinados y en la más absoluta indigencia. La crudeza de su situación era visible sobre todo en las áreas urbanas. La mayoría de los habitantes de Grodno eran judíos, unos veintisiete mil a mediados de la década de 1880, muchos de los cuales vivían miserablemente en una malsana zona de chabolas detrás del río Niemen, donde familias de hasta quince personas ocupaban unos tugurios insalubres y sin luz, con el suelo de tierra y unas paredes cuyos huecos reparaban con papel. En verano, los niños jugaban medio desnudos y descalzos en los callejones hediondos y llenos de charcos. Las condiciones no eran mejores en las aldeas, donde dos o tres familias podían compartir la misma choza infecta, alimentándose en exclusiva de cebollas, pan y algún arenque.³

Existía una exigua clase de personas más adineradas, relacionadas en su mayoría con la fábrica de tabaco que daba empleo a casi toda la ciudad. Max nunca hablaba de cómo se había criado, pero uno de sus primos consiguió prosperar bastante como contable en la fábrica, hasta el punto de que pudo permitirse un apartamento fuera de la judería, un tutor privado que enseñara a sus hijos a hablar ruso correctamente y una pequeña dacha de madera a siete u ocho kilómetros de la ciudad, donde pasaban los veranos recogiendo

30 fresas silvestres y setas. Más tarde, cuando Max pasó a la clandestinidad, este primo lo ayudó facilitándole alojamiento y dinero, y con el tiempo, ya en el Londres de los años veinte, Max pudo corresponderle ayudando a uno de sus hijos.

Probablemente, los padres de Max no vivían ni en la abundancia ni en la miseria. Papá creía que el padre de Max, Iósif (Yosl/Ósip), era dueño de un pequeño molino. Semión, uno de los hermanos de Max, escribió una vez que su padre había sido «un empleado con un salario modesto». Lo que sí es seguro es que ya estaba entrado en años y casado en segundas nupcias cuando nació Max. Su posición no debía de ser excesivamente acomodada, ya que tenía varios hijos que mantener de su primer matrimonio y luego tuvo otros tres con poco tiempo de diferencia. Max fue el primero. Según Frouma, Max solo sabía que había nacido el «quinto día de Janucá» del año 1874, o al menos eso era lo que creía. Pero hasta eso era dudoso, ya que en 1909, a falta de un certificado de nacimiento oficial, Max obtuvo una declaración ante notario en la que dos ancianos de Grodno daban fe de que, «como bien sabemos y recordamos, nació del plebeyo legítimamente casado de la ciudad de Grodno Yosl Mórdkhelovitch Masower y su esposa Merka-Sara Jankelevna, en el mes de octubre del año 1873, un hijo de nombre “Mordkhel”».

A pesar de que, tiempo después, Max sería conocido entre su familia política de París como «doctor Mazower», o sencillamente *«le docteur»*, tal apelativo obedecía más a su cuidada manera de vestir, su dicción y su carácter circunspecto que a la posesión de títulos o diplomas: a diferencia de algunos de sus amigos emigrados de Londres, él nunca pasó por la facultad de ciencias de la Universidad de Lieja ni por la escuela de comercio del Politécnico de Riga; a decir verdad, su instrucción formal fue más bien escasa. Sin embargo, aprendía rápido y enseguida debió de ver que en Grodno sus posibilidades eran limitadas, ya que para la década de 1880 la gente empezó a emigrar en masa de la provincia. Poco después, la familia sufrió un golpe catastrófico, o quizá un

golpe de suerte, según se mire: cuando Max tenía unos catorce años, su padre falleció. La pérdida del cabeza de familia podía hundir un hogar en la miseria y dejar la economía familiar en una situación desastrosa. Max y sus dos hermanos abandonaron Grodno con su madre casi de inmediato; obviamente, nada había ya que los retuviera.

Algunos de sus familiares habían optado por cruzar el Atlántico, pero ellos cuatro se conformaron con llegar a Vilna, una ciudad varias veces mayor que Grodno, donde alquilaron un pequeño apartamento. Max se convirtió en el sostén principal de la familia y la situación se estabilizó en cuanto encontró empleo en las oficinas del próspero Lazar Rapoport, judío y dueño de una empresa de transporte de mercancías. Su hermano Zachar se puso a trabajar ahí también, mientras que Semión, el pequeño, entró como aprendiz de cajista en una imprenta. Los tres se afiliaron al Bund y, de resultas de ello, tuvieron algunos encontronazos con la policía. Zachar, que más tarde estudiaría para dentista, consiguió abrirse paso entre los estratos inferiores de los profesionales liberales. Semión nunca salió del ámbito del trabajo manual y arrastró toda la vida una salud precaria: a los cincuenta años, tuvo que dejar de trabajar debido a problemas en la vista. Según parece, Max fue el más emprendedor y el que llegó más lejos. Empezó como empleado, pero pronto se convirtió en el hombre de confianza de su jefe, que lo puso a gestionar sus asuntos personales; en el momento de su detención, Max era quien se quedaba a cargo de la oficina en ausencia de Rapoport. Era un joven capaz, discreto y enérgico, con un gran sentido de la responsabilidad y un humor algo sardónico. En 1902, Rapoport le escribió una carta de recomendación: hacía diez años que conocía a Max, escribió, y lo consideraba «una persona sumamente honrada, cultivada y diligente, además de impecable como empleado». Un modelo de virtudes burguesas.

Pero además, y gracias a Vilna, era también un revolucionario bregado. En una hipotética jerarquía de ciudades revolucionarias —Londres, París, Moscú...—, Vilna habría sido la primera y acaso la más importante. Grodno, de población ma-

32 yoritariamente judía, era una pequeña ciudad de edificios bajos de madera con una gran fábrica, pero Vilna era un microcosmos del imperio ruso. La actual capital de Lituania era un floreciente emporio multilingüe que empezaba a convertirse en caldero de rivalidades políticas: los rifirrafes entre el nacionalismo polaco, el renacimiento cultural yidis y el socialismo ruso no hacían más que intensificarse. Las autoridades zaristas sentían la presencia constante del enemigo, y, según la policía, la ciudad era un hormiguero de revolucionarios. A su juicio, «los más serios y vehementes» pertenecían al Bund, y el Bund había nacido en Vilna.

Las autoridades podían mantener más o menos vigiladas las flamantes avenidas y plazas del centro urbano, pero su presencia era mucho más precaria en las pequeñas callejuelas donde la prostitución y la mendicidad campaban a sus anchas y donde las aguas residuales fluían por la superficie. En torno al 40 % de la población de Vilna era judía, en gran parte trabajadores de las plantas y talleres textiles, empaquetadores, mozos de cuerda, vendedores ambulantes y fabricantes de cepillos. De la unión entre estos hombres y mujeres trabajadores y los jóvenes estudiantes judíos de la ciudad surgió el Bund. A principios de la década de 1890, pocos años después de la llegada de Max, los jóvenes judíos solían reunirse en grupos de discusión con el fin de formarse en teoría política, y es probable que Max fuera miembro de alguno. Pronto empezaron a plantearse objetivos más prácticos, como movilizar a los trabajadores judíos de la ciudad para crear sindicatos. En octubre de 1897, representantes de varias organizaciones obreras judías de las principales localidades de la región se reunieron en la buhardilla de una modesta casa de las afueras de Vilna y fundaron el Bund, el primer partido marxista de masas de la historia de Rusia. Su aspiración era crear un colectivo de base obrera, y tenían los contactos, la paciencia y la habilidad para conseguirlo. A lo largo de los diez años siguientes, convirtieron el Bund en el movimiento obrero más grande y poderoso del imperio ruso.

Vilna era la puerta de entrada a las lenguas y la cultura europeas, un lugar donde uno podía sacarse un retrato en la

Maison Schmidt de la rue Grande sin salir del imperio ruso. Gracias al ferrocarril, la ciudad era un epicentro de agentes de migración, gente que hacía dinero ayudando a los campesinos a emigrar. Los trenes traían libros, panfletos y periódicos desde Europa central y estudiantes que regresaban de Berlín y Zúrich. Era un entorno en el que las ideas modernas se valoraban y circulaban. Mordkhel, de Grodno, se cambió el nombre para que sonara más ruso y más europeo. Al parecer, en un primer momento optó por Markus —«Markus Ósipovich Mazower» lo llama Rapoport en sus cartas de recomendación— y después por Max, que es como se lo conocería casi toda la vida. En los cafés, las fábricas, las librerías y los bloques de apartamentos de estilo vienés de Vilna aprendió a comportarse y a vestirse como la burguesía imperial. En adelante, siempre vestiría con elegancia, con corbata y chaleco, y por regla general, con la chaqueta abotonada hasta arriba. El bigote y la perilla le confieren cierto aire casi de dandi en algunas fotografías antiguas, donde se lo ve luciendo ese uniforme de la clase media que en todo el continente funcionaba como una especie de pasaporte. Seguramente no sea casual que esas primeras instantáneas fueran tomadas después de su llegada a Vilna: por entonces, la fotografía era una manera de demostrar que uno gozaba de buena posición social. Sin embargo, la ciudad también lo convirtió en lo que los rusos llaman un *inteligent*: un miembro de la *inteligentsia*. Y en un conspirador revolucionario. Pues no solo en la teoría marxista la revolución presupone los valores burgueses; lo mismo ocurría en la vida real. Los dirigentes bundistas cultivaban una apariencia respetable, y muchos de los miembros del comité central llevaban bombín, que por entonces era el santo y seña de la moda burguesa. El hecho de trabajar en una empresa de transporte de mercancías le sirvió a Max para adquirir las habilidades, la lengua y la red de contactos que necesitaba para sus actividades revolucionarias. El dominio del ruso —lengua que hablaban menos del 5 % de los judíos de la Zona de Asentamiento— le permitió acceder a los clásicos de la teoría marxista y a una nueva forma de ver el mundo.

Sabemos que Max era consciente de lo irónico de esta situación por algo que contaría más tarde uno de sus camaradas, un hombre llamado Sholem Levine. Levine era un joven bundista que llegó a Vilna en el invierno de 1899 para instalar una imprenta clandestina. Cuando se quedó sin dinero y no pudo seguir pagando el alquiler de su apartamento, su novia tuvo una idea: le dirían a la familia de ella que habían decidido casarse y así se podrían beneficiar de la dote que su acaudalado hermano le había prometido. En sus memorias, Levine explica que Max, en calidad de miembro del comité central de Vilna, tuvo que dar su visto bueno al plan. Y así lo hizo, no sin añadir con sarcasmo: «Es una bendición [*mitzvá*] recibir dinero de un burgués para instalar una imprenta clandestina». Es el único testimonio que tenemos de sus palabras en aquellos primeros años: la voz de un hombre pragmático, socarrón y firme. A sus veinticinco años, y solo dos años después de la fundación del Bund, ya formaba parte de la plana mayor de la organización en su feudo principal.⁴



La Compañía Comercial Nadezhda era la tapadera perfecta: tenía la central en San Petersburgo y enviaba mercancías a todos los rincones del imperio. Los bundistas de Vilna eran

respetados dentro del partido por sus estrictos protocolos de seguridad, y, como resultado de su vigilancia y disciplina, la infiltración por parte de la policía era muy limitada. Por este motivo, las autoridades solían ir siempre un paso por detrás de ellos, algo que no ocurría en otras ciudades. En el momento de su detención en 1901, hacía por lo menos cinco años que Max era el responsable de imprimir y distribuir publicaciones clandestinas en yidis por toda la región, desde Varsovia a Bialystok y Vítebsk; además, supervisaba la publicación de un periódico clandestino, *Der Klassen Kampf* («La lucha de clases»), el órgano del comité de Vilna. También participaba en otras tareas: falsificación de pasaportes a partir de documentos robados en las oficinas municipales, compra de armas, adquisición de material de imprenta en el extranjero, introducción de operarios alemanes que les enseñasen a utilizar la maquinaria... Vilna era el corazón de la revolución en el noroeste de Rusia, y Max se encontraba en su centro. Conocido entre los agentes de la Ojrana —la policía secreta del zar, que le seguía la pista— como «el Guapo» para distinguirlo de su hermano Zachar, Max era un organizador consumado, una figura en la sombra, alguien que en apariencia nunca ambicionó los laureles pero que sabía lo que había que hacer cuando se necesitaba una nueva imprenta, cuando había que introducir o sacar clandestinamente a un militante o cuando hacía falta instigar una huelga entre los trabajadores.⁵

Además de la ropa elegante y el aspecto de un miembro de la *intelligentsia*, Max adoptó también un alias, algo esencial en la cultura revolucionaria de todos los partidos clandestinos de aquellos tiempos. Solo en el Bund, encontramos toda suerte de pseudónimos: las referencias al color del pelo —«el Pelirrojo», «el Moreno», «Max el Blanco»— eran habituales. A un glotón podían llamarlo «el Salsas», y nombres como «el Filósofo», «el Loco» y «el Guerrero» hablaban por sí solos. Con frecuencia, se utilizaba sencillamente una modificación del nombre de pila, señal de que la elección del alias no obedecía tanto a la seguridad como al deseo de ingresar en el círculo íntimo de quienes se trataban de tú a tú.⁶ En el caso de Max, no obstante, la seguridad era un elemento a tener en cuenta,

36 por lo que no es fácil adivinar cuál era su alias; de hecho, como pudimos comprobar tras su muerte, ni siquiera Frouma, su mujer, lo sabía. El problema principal reside en que los miembros del Bund, tanto en la correspondencia como en documentos del partido o artículos de periódico, evitaban mencionar a nadie por su nombre real, de aquí que a menudo sea tan difícil relacionar a alguien con su alias. No obstante, en una obra publicada muchos años después, Jacob Hertz, cronista del movimiento, identifica a Max como el autor de varios artículos firmados con el pseudónimo de «Daniel», y un expediente hallado recientemente en los archivos de Moscú lo avala. En 1904, un agente de la Ojrana espiaba el correo que un dirigente del Bund de Vilna llamado «el Lobo» enviaba a un tal Daniel de Varsovia. El Lobo formaba parte de una red de Vilna que incluía también a Zachar, el hermano de Max, y el tal Daniel era a todas luces un bundista experimentado, ya que observaba fuertes medidas de seguridad. Por ejemplo, se aseguraba de que el correo no le llegara a él directamente, sino a una mercería de Varsovia, donde lo recogía una tercera persona, una joven enfermera que era pariente del dueño del negocio. Al parecer, ella era la encargada de hacérselo llegar a Daniel, aunque para entonces la mayor parte de la correspondencia ya había sido interceptada. En general, se trataba de envíos de panfletos clandestinos destinados a la capital polaca, aunque no era fácil saberlo, porque estaban escritos en un código que la policía nunca fue capaz de descifrar. Con todo, el agente aseguraba a sus superiores de Moscú que habían logrado averiguar quién era Daniel: el mayor de los hermanos Mazower, Max.⁷

El nombre no estaba elegido al azar: había en él un guiño a sus raíces en Grodno, y quizá también a sus esperanzas. Hacía referencia al profeta del Antiguo Testamento que tiene una revelación de lo que depara el futuro cuando los reyes de su época hayan sido derrotados, pero además el nombre ya lo había empleado como pseudónimo alguien de la generación anterior, Aaron Lieberman, al que algunos consideraban el padre del socialismo ruso. Como Max, Lieberman provenía de la región de Grodno y también se había

formado en los grupos de estudio de Vilna unos años antes. Y también como Max, aborrecía el nacionalismo y su principal preocupación era difundir el socialismo entre las clases trabajadoras judías, persuadido como estaba de que «los judíos forman parte integral de la humanidad y no podrán ser liberados salvo a través de la liberación de la humanidad». En 1876, Lieberman huyó de la persecución zarista. Fundó la primera asociación de socialistas judíos en el East End londinense, antes de emigrar a Estados Unidos, donde falleció en 1880, siendo aún un joven intelectual y un activista cuyo recuerdo veneraban tanto Max como muchos otros.

La generación de Lieberman nunca se preocupó demasiado por el yidis, esa mezcla terrenal de alemán medieval, hebreo y eslavo que hablaban la mayoría de los judíos de la Zona de Asentamiento. A su juicio, el ruso era la lengua de las gentes formadas y de la cultura socialista a la que aspiraban. El propio Lieberman escribía a menudo en un hebreo algo enrevesado y, a diferencia de otros, fomentaba el uso del yidis, lo que debió de ejercer una gran influencia sobre Max y su círculo, para quienes el renacer de «la jerga» era un elemento central de su identidad política. El motivo era eminentemente práctico: la agitación exigía recurrir a las masas, y dado que más del 95 % de los trabajadores judíos de la Zona de Asentamiento no entendían el ruso —hablarlo, como en el caso de Max, representaba ya un signo de distinción—, había que dirigirse a ellos en su idioma. El problema es que, por entonces, el yidis era una lengua oral, sin escritura, por lo que los primeros bundistas tuvieron que hacer las veces de traductores, poetas y dramaturgos.

En Vilna se formó un «comité yidis» que se reunía secretamente en apartamentos respetables propiedad de farmacéuticos y médicos que simpatizaban con la causa. Este grupo se encargaba de buscar material que promoviera el «sentimiento socialista» y despertara el espíritu de protesta; algunos de sus textos eran de creación propia, mientras que otros eran novelas y cuentos adaptados del ruso y otros idiomas, o clásicos de la economía política marxista. Muchas de esas obras no habrían superado la censura, por lo que había que andar-

38 se con cuidado. Max formaba parte de dicho comité y se ocupaba principalmente de la impresión y la distribución. Aunque es casi seguro que en Grodno, antes de aprender ruso, hablaba yidis, no estoy muy seguro de que volviera a hablar la lengua de su infancia después de su salida del Bund: como hombre cultivado, su lengua de preferencia debía de ser el ruso. Por aquella época, sin embargo, además de ocuparse de cuestiones administrativas, traducía cuentos, revisaba piezas teatrales en yidis y contaba a varios escritores entre sus amigos. Hay un libro en concreto al que debió de dedicar mucho tiempo, pues lo tradujo de forma íntegra: una novela finisecular inglesa de tintes radicales titulada *El tábano*.⁸

El tábano era un libro de la escritora angloirlandesa Ethel Voynich, colaboradora del periódico antizarista londinense *Free Russia* y activa en los círculos radicales. Ethel, que hablaba ruso, no solo era hija del lógico George Boole y estaba casada con un exiliado polaco que se convertiría en un conocido librero anticuario (los especialistas lo recuerdan por ser la persona que descubrió el misterioso, y aún indecifrado, *Manuscrito Voynich*); además, era tan brillante como cualquiera de estos hombres y, durante un tiempo, sus novelas llegaron a ser muy populares. Ambientada en la Italia del Resurgimiento, *El tábano* habla de un héroe fugitivo y amante de la libertad que escribe tratados y sátiras incendiarias. Inspirada vagamente en la figura de Giuseppe Mazzini, el famoso republicano de mediados del siglo XIX, la novela podía ser leída como una obvia alegoría de la lucha por la libertad en Rusia. En Inglaterra fue todo un éxito —tanto como para irritar a Joseph Conrad, que por entonces ya estaba pensando en los temas que más tarde cristalizarían en *El agente secreto*, su gran novela sobre el terrorismo— y gozó de gran popularidad también en los ambientes de izquierdas de otros países. La traducción de la obra al ruso no solo tuvo una amplia circulación entre los socialistas, sino que su popularidad continuó aumentando después de 1917 y durante buena parte del siglo XX, convirtiéndose en un *best seller* comunista del que se vendieron más de cuatro millones de ejemplares solo en la URSS.

Su éxito fue igualmente arrollador, aunque más indirecto, en el Occidente capitalista. Se dice que Sidney Reilly, el famoso «as de los espías» británico, imitaba en todo lo posible al personaje de Voynich, aunque la verdad es que en su caso no siempre es fácil distinguir la realidad de la ficción. De hecho, Reilly aseguraba incluso haber mantenido un romance con la autora, cosa que probablemente sea falsa, como casi todo lo que decía. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que Reilly se llamaba en realidad Rosenblum, que era judío, que nació en Rusia hacia la misma época que Max, que trabajó para el Servicio de Inteligencia Secreto británico en un intento por derrocar a los bolcheviques después de 1917 y que fue fusilado por el Directorio Político Unificado del Estado (OGPU) en 1925.⁹ Muchos años después, Ian Fleming, que sentía fascinación por Reilly, se sirvió de él como modelo para James Bond, con lo que, ironías de la vida, podríamos decir que *El tábano* fue una de las fuentes de inspiración del espía más famoso de la guerra fría.

Max y Reilly compartían sin duda la fascinación por la novela de Voynich, pero a pesar del halo de misterio que rodearía su vida posterior, Max no se parecía en nada al estrafalario Reilly. Este último era aventurero y mujeriego, un hombre al parecer dispuesto a matar, a mentir descaradamente, amante de la buena vida y con unos principios políticos más bien endebles. Creo que lo que más valoraba Max en la obra de Voynich es algo que para Reilly debía de ser secundario: su idealización del altruismo y el sufrimiento de la vida revolucionaria. Siempre dispuesto a instruir al prójimo y a sí mismo, el joven revolucionario escribió una extensa introducción de corte histórico a su traducción al yidis. Se trata de un texto bastante árido, redactado en un estilo que sigue la línea de otros escritos suyos que conocemos. Lo curioso es que el libro de Voynich es cualquier cosa menos árido. ¿Elegiría esa novela porque expresaba, de un modo que él no era capaz, la pasión y la fatalidad inherentes a la senda que había escogido?

40 Cuando se publicó su traducción de *El tábano* —en Vilna, en 1907—, Max ya había sido detenido y se había fugado en varias ocasiones. Su nombre aparecía en el radar de la Ojra desde mediados de la década de 1890, y en 1901 tuvo ese primer percance al que ya nos hemos referido. Dado el creciente poder del Bund, era cuestión de tiempo que lo arrestasen. En febrero de 1902 volvieron a detenerlo, pero esta vez lo sentenciaron a tres años de destierro bajo vigilancia policial en la remota aldea de Uyarskoe, cerca de la ciudad de Kansk, casi cinco mil kilómetros al este de Vilna siguiendo la ruta del Transiberiano.

Los rigores de esa experiencia, de la que Max no habló nunca, pueden entreverse en las memorias de Marie Sukloff, otra socialista rusa de la Zona de Asentamiento que fue a parar no muy lejos de allí. En ellas, Sukloff describe un trayecto agotador e impredecible de varios días a bordo de trenes prisión gélidos y abarrotados, un viaje interrumpido tan solo por algunas paradas en mugrientas cárceles infestadas de tifus a las que a menudo había que llegar caminando desde el tren por carreteras cubiertas de nieve y hielo. En Kansk, los presos políticos eran custodiados en barracones sin calefacción aun en los meses de invierno, y desde ahí se los enviaba a pie por los nevados bosques siberianos hasta las aisladas comunidades de campesinos que constituían su destino definitivo. Los libros eran escasos, la principal distracción era el alcohol, y los campesinos, analfabetos, trataban a esos «nobles» forasteros con una mezcla de suspicacia y respeto. Confinado entre los bosques del río Yeniséi, Max solo aguantó unos meses. El 13 de julio de 1902 se fugó y la policía emitió una orden de detención contra «Mazover, Mordkhel Ióselev, plebeyo de la ciudad de Grodno». Los agentes debían buscar a un hombre de «cabello rubio oscuro» y ojos pardos, de 1,67 metros de altura. Demasiado tarde. El número de noviembre de 1902 de *Free Russia* menciona que entre los cinco bundistas recientemente huidos de Siberia en dirección «a países más libres» se encontraba un tal «M. Mazover».¹⁰ Su destino era Alemania, donde se integró en un círculo de universitarios bundistas de Berlín. Ahí vivía la hermana de Trotski,

así como muchas otras luminarias —y opositores— del futuro Estado bolchevique.

La infiltración de espías zaristas en el Bund representaba una amenaza constante; de hecho, una oleada de arrestos había estado a punto de descabezar el colectivo ya en sus primeros meses, y aunque el movimiento consiguió recuperarse, las consecuencias eran todavía bien visibles. En Vilna, la organización había tomado medidas para evitar infiltraciones y no vacilaba a la hora de dar escarmiento a los traidores. En 1902, un militante del Bund intentó asesinar al gobernador de Vilna y la represión posterior fue durísima, pero las autoridades rusas no eran el único enemigo. Los miembros más devotos de la comunidad judía veían a los bundistas como materialistas impíos y terroristas; por si eso no fuera suficiente, criticaban que en sus filas militaran mujeres jóvenes. Por otra parte, el Bund usaba el lenguaje de la revolución proletaria y castigaba la cobardía de los judíos ricos que creían que con dinero podían comprar su seguridad. Los cuadros del Bund irrumpían en las sinagogas para lanzar proclamas socialistas, y los rabinos, en justa correspondencia, abominaban de la organización en sus sermones. El movimiento también combatía a las bandas judías vinculadas a la prostitución y el juego, que medraban en las ciudades de la Zona de Asentamiento debido a sus fuertes lazos con la policía y los empresarios, quienes recurrían a ellas para reventar las huelgas.

Con todo, el peor de sus futuros enemigos había de salir de la propia izquierda. Aunque al principio Lenin se había declarado impresionado por los logros de los bundistas, con el cambio de siglo empezó a verlos como una amenaza y rechazó la idea de que los trabajadores judíos necesitasen un movimiento propio. A consecuencia de ello, entre Lenin y el Bund se abrió una fisura que ya no se cerraría nunca. La insistencia con que el Bund afirmaba representar al proletariado judío de habla yidis era anatema para quienes creían en un Partido Obrero Socialdemócrata único y centralizado, de habla rusa y bajo el mando de Lenin. Todo esto era, en definitiva, el reflejo de otro problema más general: el de cómo aglutinar bajo el paraguas revolucionario a las

42 numerosas nacionalidades del imperio zarista, máxime cuando muchas ni siquiera hablaban ruso. Al constatar que había chocado con el poder del Bund, Lenin se empapó de sus ideas, leyó sus publicaciones y criticó lo que no le convenía, al principio con respeto, luego con una impaciencia cada vez más notoria.

El debate era teórico a la par que personal, ya que en aquellos años Lenin y varios bundistas de primera línea en el exilio residían en la pequeña ciudad suiza de Berna. Es decir, que los bundistas tuvieron ocasiones de sobra para conocer y tratar a su oponente. «A primera vista, no causaba buena impresión —recuerda el teórico bundista Vladímir Medem—. Por lo que había oído, me esperaba a un revolucionario imponente [...], un “cañón de calibre grueso”. Sin embargo, lo que me encontré fue un individuo diminuto y nervioso [...], de barba rubia, calvo y con unos minúsculos ojitos marrones. Tenía cara de listo, pero no de inteligente. En ese momento me hizo pensar, y el símil fue instantáneo, en uno de esos taimados vendedores de trigo rusos.» Lenin no era un orador deslumbrante ni efusivo, pero Medem no pudo por menos de reparar en dos cosas: en su férrea determinación y en su desconfianza hacia la gente.¹¹

Max vivió en primera persona este creciente antagonismo porque poco después de fugarse fue invitado a una de las reuniones más decisivas del Bund: una cumbre a puerta cerrada con los máximos dirigentes celebrada en Ginebra en la primavera de 1903. Lenin acababa de publicar otro ataque directo contra el Bund en un artículo titulado «¿Necesita el proletariado judío un partido político independiente?», pregunta a la que, como era de esperar, respondía en sentido negativo. La cumbre se convocó para dar una respuesta. Solo se hallaban presentes una decena de personas, entre ellas varios de los fundadores del Bund, por lo que la asistencia de Max es indicativa de la posición que ostentaba dentro de la organización. Otros de los asistentes fueron Arkadi Kremer, fumador empedernido y «padre del Bund», un teórico de la agitación revolucionaria cuyo panfleto sobre el tema ejerció una gran influencia sobre Lenin; John Mill, tras

cuyo alias de resonancias inglesas se ocultaba uno de los hombres fuertes del Bund y el fundador de su poderoso comité exterior; y Evguenia Gurvitz, una de las muchas mujeres que ocupaban cargos prominentes. Max, junto con su camarada Julius Lenski, que había escapado con él de Siberia, representaba al comité de Vilna. (Más adelante, Lenski se pasaría a los bolcheviques y, según una fuente interna, llegaría a ser una figura importante dentro de la Checa, la precursora del KGB.)

Los asistentes a la reunión de Ginebra se reafirmaron en que los trabajadores judíos necesitaban un movimiento político propio y se comprometieron a oponerse a toda pretensión de que el Bund quedase diluido en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La situación acabó siendo insostenible. Más tarde, ese mismo año el POSDR celebró el famoso congreso en el que se escindió en las facciones menchevique y bolchevique. Lo que muchos no recuerdan es que los bundistas acusaron a Lenin y sus seguidores de tendencias dictatoriales y que abandonaron el congreso. Insistían en que se los aceptase como únicos representantes de los trabajadores judíos de Rusia en el partido y exigían asimismo que el partido suscribiera la autonomía cultural de las distintas comunidades nacionales del imperio. Años después, el POSDR accedió a la segunda condición y el Bund renunció de forma tácita a la primera para conseguir la readmisión en el partido. Con el tiempo, los bundistas se alinearían cada vez más con los mencheviques —no en vano muchos de estos habían empezado en el Bund—, motivo por el cual Max conservó muchas amistades entre los camaradas mencheviques y sus familias. No cabe duda de que sus relaciones con el bolchevismo —y su recelo hacia su autoritario líder— se remontan a esa época, mucho antes de la revolución, cuando Lenin veía el Bund como una de las mayores amenazas para la unidad del partido.

Aunque los líderes del Bund temían la reacción de los trabajadores de la Zona de Asentamiento una vez llegase la noticia de la ruptura con sus camaradas, lo cierto es que el asunto pasó casi inadvertido y las afiliaciones fueron en

44 aumento. La creciente confianza en que el proletariado de habla yidis gravitaría de forma natural hacia ellos fue el principal motivo por el que los líderes del Bund dejaron de insistir en que se reconociera formalmente su papel en la vida judía: los hechos eran prueba suficiente. El Bund era, con diferencia, el movimiento socialista más amplio y organizado del imperio; a su lado, los pendencieros seguidores de Lenin eran un grupúsculo insignificante. A diferencia de los bolcheviques, el Bund supo conjugar con éxito la agitación revolucionaria con la organización obrera para obtener mejoras salariales y laborales. En verano de 1904, un año después del congreso de Londres, tenía unos 23.000 afiliados, cifra que aumentó hasta 34.000 en su momento de máximo apogeo, durante las revoluciones de 1905. A título comparativo, el número de miembros del POSDR a comienzos de 1905 no llegaba a los diez mil, y de estos, los bolcheviques eran una minoría.

Sin embargo, había un problema más urgente que las discusiones con los camaradas de la izquierda: el incremento de la violencia de derechas dentro del imperio ruso. Con el beneplácito de las autoridades zaristas, el antisemitismo se cobraba cada vez más vidas, y en 1903, el año de la cumbre de Ginebra, se registraron los peores pogromos desde la década de 1880. Ese año, la ciudad de Kishinev apareció en titulares de todo el mundo cuando, por Pascua, una turba enfurecida salió a las calles al grito de «Muerte a los judíos», dejando tras de sí un gran número de muertos y un reguero de destrucción. Pocos meses después, en Gómel, una ciudad a quinientos kilómetros al sudeste de Vilna, una muchedumbre de empleados ferroviarios y campesinos se unió a varios destacamentos locales de infantería a los que sus oficiales habían arengado para que salieran a defender al «Padre-Emperador» contra sus enemigos internos. Destruyeron centenares de tiendas y asesinaron a más de una docena de personas. Entre ellas, cosa insólita, algunos de los participantes en el pogromo: las víctimas se habían defendido.

El Bund estaba en contra de la tradición terrorista del activismo revolucionario ruso, pero ni era pacifista ni estaba dispuesto a permitir que el terror que alentaban las autoridades quedara sin respuesta. Gómel contaba con una nutrida población judía y el Bund había armado a unos cuantos grupos para que protegieran los vecindarios judíos: en total, unos doscientos hombres, tanto judíos como cristianos. Terminado el pogromo, los detalles de lo sucedido se publicaron en un panfleto que tuvo una amplia difusión: *La verdad sobre el pogromo de Gómel*, firmado por el comité central del Bund. En realidad, su autor era Max, y me parece que es el primer documento en el que su voz se deja oír plenamente.

La prensa progubernamental había atribuido la violencia de Gómel a «la descarada actitud de los judíos de la ciudad hacia los cristianos». Max disecciona la versión oficial de lo ocurrido con precisión de forense. Es probable que se desplazase a Gómel justo después del pogromo y que hablara con gente de allí. (En cualquier caso, alguien del Bund lo hizo, al igual que varios periodistas.) El panfleto describe los meticulosos preparativos de las autoridades, que llevaban meses armando y azuzando a los cristianos con la intención de utilizar el antisemitismo para fortalecer la lealtad al zar, y cita el nombre de los funcionarios implicados: el capitán de policía, que había incitado a los campesinos de las aldeas vecinas; el comandante del regimiento de infantería; el comerciante Petroshenko; el notario Plájov; el director de la cárcel, e incluso varios estudiantes de secundaria. El superintendente de los talleres ferroviarios había sido el encargado de suministrar martillos, barras y palancas con que destrozaron los comercios y apalearon a la población. Max también describe las medidas que los militantes del Bund habían adoptado para defenderse. El pogromo no había pillado a nadie por sorpresa. La trifulca en el mercado de pescado, que supuestamente lo había desencadenado todo, no era más que una excusa, y los saqueos y linchamientos cesaron solo cuando las tropas, en lugar de instigar a la masa, habían empezado a abrir fuego.

Considerando lo que sabemos acerca de la vida posterior de Max, lo que más llama la atención es su forma de

46 atenerse a los hechos, si bien es cierto que tampoco se abstiene de emitir juicios. Para él, los principales culpables fueron las autoridades locales: «El edificio de la autocracia se sostiene sobre el asesinato y la mentira. Todos los sátrapas de provincias se ven como autócratas de pleno derecho e interpretan cualquier insulto dirigido contra su persona como si fuera una revuelta contra Su Majestad el Rey». Max tampoco muestra demasiado respeto hacia los líderes de la comunidad judía local, que, pretendiendo hablar en nombre de todos sus correligionarios, se declaraban «abrumados ante un ataque tan cobarde y terrorífico». En lugar de ayudar a armar a la resistencia judía, habían enviado una delegación para dejar clara su lealtad al gobernador; con ello, la «burguesía judía» había dado una clara muestra de su «espíritu rastrero y lacayuno». A cambio, lo único que habían recibido había sido una reprimenda por permitir que una organización como el Bund ganara peso dentro de su comunidad y un recordatorio de que los judíos vivían mejor antes, cuando se mantenían al margen de la política.

Para Max, la lección estaba muy clara: el único modo de plantear una alternativa lo suficientemente poderosa al régimen del zar pasaba por organizar al «proletariado judío de orientación socialista» para que luchase al lado de «los proletarios de todas las naciones» bajo «la enseña de la socialdemocracia». «Solo la lucha proletaria conseguirá acabar con el despotismo del zar y con el mundo capitalista en general, con todo el sufrimiento que conlleva.» Independientemente de las diferencias que el Bund pudiera tener con sus camaradas del POSDR, no dejaba de ser un partido marxista, comprometido con la solidaridad entre los trabajadores de todos los países y con el derrocamiento del capitalismo. El panfleto rezumaba optimismo: la ética y la historia avanzaban a paso parejo; la tiranía tenía los días contados.

En gran medida, Gómel fue una victoria propagandística gracias al Bund; por primera vez, los judíos no se habían limitado a agachar la cerviz. «Lo ocurrido fue una lucha [...] más que un pogromo», declaró un periódico yidis. «Un nuevo personaje acababa de entrar en escena —escribiría más

tarde uno de los participantes—, un hombre dispuesto a defender su dignidad.» Algunos escritores en lengua yidis hablaban de Gómel como del nacimiento de una nueva esperanza: «Quienes intervinieron fueron los jóvenes —dice un personaje de un cuento de S. Anski—, esos que, a decir de algunos, ni tan solo son judíos y no respetan los mandamientos [...], fueron quienes salvaron a toda la comunidad judía». ¹² Los socialdemócratas de Járkov observaron que los hechos de Gómel «fueron más útiles que una docena de libros para que los trabajadores rusos aprendieran a respetar como luchadores a los camaradas judíos». Por su parte, las autoridades rusas estaban preocupadas: temían que la insurrección se extendiera, y no sin motivo. El Bund creó grupos armados de autodefensa, los llamados *kampf-grupe* («grupos de lucha»), también en otras ciudades. Estaban formados por miembros activos y reservistas; en poco tiempo, hubo entre quinientos y mil miembros activos en toda la Zona de Asentamiento, además de varios miles en reserva. La mayoría eran judíos, hombres jóvenes con camisa azul y gorra de trabajo, pero también había rusos, lituanos, ucranianos y polacos. Con los fondos que llegaban desde Londres y Estados Unidos, la organización consiguió revólveres y puso al día sus imprentas. Su poder era mayor que nunca.